

No deja de tener su alcance moral el estudio de esos acontecimientos que demuestran la debilidad de la Confederación. De algún tiempo á esta parte se ha apelado á una teoría cómoda para suprimir los grandes hombres; pasó ya el tiempo de los héroes. Mas, lo que gobierna, es el espíritu público, la opinion como quiera que un grande hombre no es mas que la expresion de su siglo y de su país, una especie de arpa eólica, cuyas cuerdas vibran á impulsos del viento.

Por lo que á mí hace, no me gusta ese panteísmo histórico; yo no acierto á ver mas que el individuo por doquier, y no creo que sea un medio infalible para obtener talento, reunir en un todo ignorantes y necios.

Sin embargo hay su fundamento de verdad en esa falsa idea.

Ciertamente pasó el tiempo de los héroes si por héroes entendemos á aquellos hombres que hacen vivir todo un siglo con su pensamiento, comunicándole su propia fiebre; haya en buen hora héroes en épocas en que el hombre tiene necesidad de tutela, pero ello sería un despropósito en tiempos civilizados. Pasó ya el tiempo de los Alejandro y de los Césares.

Mas si no existen héroes de leyenda, si los individuos toman en los sucesos una parte activa y no son ya una materia dúctil en las manos del artífice, hay todavía lugar, de dia en dia mas estenso, para los grandes caracteres. Lo que hay que temer en estos tiempos, son esas corrientes de opinion, esos rasgos impremeditados de las mayorías que arrastran al país y le precipitan: de los países meridionales podría decirse lo que decia Mme. de Stael, respecto de Francia, en donde sale á las mil maravillas aquello que es coronado por un feliz éxito, de cuyas ventajas nos priva á veces nuestro propio arrebató.

Lo que hemos menester, son hombres que permanezcan en su lugar al realizarse la depresion de las aguas en la playa, y que sin temor ni esperanza, pero impasibles como el calculista, aguarden el reflujo con la impasibilidad fría del calculista. No es eso únicamente necesario para resistir al enemigo, sino para hacer frente al abandono, á la indiferencia pública, en los dias en que la libertad es escarnecida, calumniada, maldecida. No todos podemos ser Washington, pero todos podemos tomar por modelo al hombre que proclama que *la libertad es el mayor bien del mundo*, y que, en presencia del peligro, no retrocede un paso siquiera, y deja el éxito á la fortuna, guardando para sí el deber.

CAPÍTULO XVIII.

Chatham.—Franklin en París.—La Fayette.

Mientras los acontecimientos se sucedian con rapidez en América, en tanto que Washington, precisado á huir en presencia del enemigo, habia casi vengado sus descalabros cayendo sobre Trenton y Princeton, sin poder no obstante, hacerse ilusiones acerca de su debilidad ni aplicar un remedio á aquel desastroso sistema de alistamientos á corto plazo que le hacia perder sus mejores soldados en el dia del peligro, cosas acontecian en Europa que debian acarrear el triunfo de los Estados Unidos. Inglaterra comenzaba á abrir los ojos; Francia preveía un rompimiento inminente, que acariciaba con indecible satisfaccion y regocijo, y La Fayette, partiendo á América, llevaba consigo las felicitaciones de Europa. He aquí el asunto en que vamos á ocuparnos en el capítulo presente.

El Parlamento inglés, abierto en 31 de Octubre de 1776 continuó hasta Junio de 1777. Como siempre, América fué el principal objeto de la discusion. Segun costumbre, el discurso del rey solo hablaba de la prosperidad del país, y de la próxima derrota de América, y haciendo un llamamiento á la Providencia, pedia hombres y dinero. Lord Rockingham propuso una enmienda que no reunió mas que cuarenta y seis votos¹, habiéndose propuesto la Cámara no ver nada sino con los ojos del ministerio, medio infalible para hundir un país, por mas que el gobierno se proclame conservador.

¹ Despues de esta votacion, Rockingham y sus amigos se retiraron de la Cámara, no volviendo á ella mas que para votar leyes de interés particular. ¡Muy singular es el patriotismo que abdica! (Lord Mahon, tom. VI, pág. 145).

Pocos dias antes de cerrarse el Parlamento, en 30 de Mayo de 1777, Chatham, mas gotoso y enfermo que nunca, reapareció despues de dos años de retiro forzoso para hacer oír su imponente voz, haciéndose trasladar á la Cámara de los lores, envuelto todo con franela, y apoyándose en una muleta.

Propuso un mensaje á la corona, declarando que el Parlamento veía con desagrado la guerra contra el derecho natural que la Gran Bretaña sostenía contra las colonias, suplicando á S. M. que tomara desde luego medidas eficaces para acabar con aquel estado de cosas de la única manera justa y razonada posible, á saber, deshaciendo todos los desagrazos y contrafueros, y dejando á los norteamericanos su derecho á disponer de su propio dinero.

Atacó rudamente á los ministros en su parte mas débil, á saber, en la cooperacion que habian mendigado á los alemanes y salvajes; y añadió, ahincando especialmente en ello, que Inglaterra estaba indefensa contra los siniestros proyectos de Francia, que el país se hallaba desguarnecido, que no habia cinco mil hombres en Inglaterra, que no habia mas asimismo en Irlanda, y que solo tenia veinte buques de guerra en disposicion de hacerse á la vela.

«Milores, dijo, sin la paz, sin recobrar presto la tranquilidad perdida, está arruinada la nacion. ¿Cómo se han portado vuestros ministros? ¿Han hecho medios para conciliarse el cariño y la obediencia de sus hermanos de América? Han ido á Alemania, han solicitado la alianza con lo mas miserable, con lo mas ruín é insignificante que han podido hallar en los mas humildes principados alemanes, para degollar á nuestros hermanos de América, á un pueblo leal, valiente y ultrajado. Han concluido tratados mercenarios con aquellos matadores de hombres; han vendido y comprado sangre humana.

»Pero, señores, no está ahí todo; vuestros ministros han hecho aun mas. Han desencadenado á los salvajes de América para lanzarlos contra sus propios hermanos inocentes é indefensos, los han soltado para que se echaran encima de la vejez y de la debilidad; ancianos, mujeres, niños, criaturas de pecho han sido degolladas en el seno de su madre, esos infelices seres han sido descuartizados, cocidos, asados y comidos vivos. Nada exagero; esa es la obra de vuestros ministros. Ahí teneis, milores, los actuales aliados de la Gran Bretaña; la carnicería, la desolacion, la ruina van por doquier á dó se llevan nuestras armas; ved aquí cómo hacemos hoy la guerra.

»Victoriosas ó vencidas, deshonradas están las armas de este país. ¿Era esa nuestra conducta de otros tiempos? ¿Por tales medios acaso hemos llegado al pináculo de grandeza y de gloria que llevando nuestra fama á los mas apartados confines del globo, atestigüaba fielmente nuestra justicia, nuestra piedad, nuestra integridad nacional? El valor y la humanidad de la Gran Bretaña, ¿se han hecho por ventura proverbiales merced al *tomahawk* y al *escalpelo*? ¿Por tan pérfidos medios quizás, eran aun pálidos nuestros mismos triunfos y el brillo de nuestras conquistas al lado de la honra nacional? ¿Acaso desencadenando y soltando salvajes para que sumerjan sus manos en la sangre de nuestros enemigos, armonizaban nuestros padres los deberes del soldado, con los del ciudadano y del hombre? ¿Es esa una guerra honrosa? ¿En esto consiste esa grandeza y generosidad que hace de la ambicion una virtud?

Dirigiéndose luego al buen sentido inglés, dice: «Vosotros no podeis conquistar á los norteamericanos. Hablais del número de vuestras tropas, decís que dispersareis su ejército; pues bien: esto es tan fácil como rechazarle yo de mi presencia con esa muleta. Habeis revuelto todos los escondrijos de Alemania, pero cuarenta mil paisanos de esa nacion no reducirán jamás un número diez veces mayor de hombres libres y de ingleses; aquellas gentes pueden asolarlo todo, mas no podrán conquistar nada.

»Pero ¿qué quereis conquistar? ¿La Carta de América? ¿Qué pueden hacer vuestras tropas fuera del alcance de vuestra escuadra protectora? En invierno morirán de hambre, si se repliegan; y si están diseminadas, á cada paso serán víctimas de alguna sorpresa. Sé lo que valen las promesas y esperanzas en la primavera; conozco el sebo con que pretenden atraernos los ministros, pero llegará el equinoccio y con él el desengaño.

»No habeis ganado en América mas que guarniciones. Hace tres años que estais enseñando á los norteamericanos el arte de la guerra, y la esperiencia acredita que son discípulos aprovechados. Las fuerzas que habeis enviado allí, son harto considerables para pacificar aquellas regiones, y harto insuficientes para sostener la guerra.

»Supongamos que salgais vencedores. ¿Y luego? ¿Podeis obligar á los norteamericanos á que os respeten? ¿Les hareis llevar vuestros colores? ¿No habreis echado en su corazon el germen de un odio invencible? La sangre que recibieron en sus venas os dice con mucha elocuencia que no os respetarán jamás.

¹ Hazlitt. *Elog. of the british Senate*, tom. I, pag. 373.

»Si los ministros insisten en decir que no hay ninguna especie de tratado entre Francia y América, os queda todavía un resorte á que echar mano; la honra nacional no está lastimada todavía; daos prisa, pues, en las negociaciones para hacer ese tratado.

»Aceptad el plan que os propongo, que puede dividir considerablemente las fuerzas de América y darnos aquí unanimidad de pareceres. Ese plan ofrece un extremo por el cual puede optar América, ventaja que hasta ahora no ha tenido. Vosotros le habeis dicho: *Deponed las armas*, y los norteamericanos os han contestado como los Espartanos: «Venid á quitárnoslas.»

»Meditadlo bien, dijo al concluir. Si conseguís un tratado con Francia, declarad en ese caso la guerra, aunque solo tuvierais cinco navios de línea; pero Francia rehuirá cuanto pueda el hacer un tratado. En la actualidad estais á la merced de todos los príncipes mas insignificantes de Alemania; las pretensiones de Francia serán cada dia mayores, y esa nacion vendrá á ser vuestra *parte litigante* ora esteis con ella en paz, ora en guerra. Habeis propuesto inútilmente una sumision sin condiciones, proponedles ahora una justicia asimismo sin condiciones. Con eso quedará vuestra dignidad menos comprometida que sometiéndoos á las exigencias de las cancellerías de Alemania. Nosotros somos los agresores; hemos atacado á América como en otro tiempo la *Armada* española atacó á Inglaterra. Apelad á medidas conciliatorias; probadlo. La bondad nunca ha perjudicado á nadie; al contrario, ella colocará el trono del rey en donde debe estar, en el corazon de sus pueblos, en cuyo caso millones de hombres, que solo hablan de agravios y de revueltas, aquí y en lejanos países rogarán á Dios por el soberano.¹»

El debate que promovió ese discurso fué acalorado; los duques de Grafton y de Manchester, los lores Samden y Shelburne apoyaron á Chatham, haciendo uso de la palabra en contra lord Mansfieldy el nuevo arzobispo de York, el doctor Markham, por mas que sea poco decoroso predicar obispos políticos al Dios de la guerra y de los combates. Chatham volvió á hablar con la misma elocuencia, aunque inútilmente, como quiera que su proposicion fué rechazada por 76 votos contra 26.

Y sin embargo, lo que hoy constituye la grandeza de su nombre, son esas batallas perdidas en defensa de la justicia y de la humanidad.

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 155.

No fué menos viva la oposicion en la Cámara de los comunes; no obstante los ministros rechazaron aquellas terribles acusaciones con una evasiva trivial, pero muy en boga, con un arma de metal tan duro que, despues de haber servido tanto tiempo, es nueva todavía, y continuará siéndolo mientras haya ignorancia y credulidad. Los que defendian á América, eran enemigos de Inglaterra. Partíase del principio de que haciéndolos callar, todo iria á las mil maravillas. ¿No es acaso evidente que si se ahorcara á cuantos se duelen de sus padecimientos, no habria jamás enfermos, y todos estarian *oficialmente* sanos?

El ministro propuso por consiguiente, la suspension parcial del *Habeas corpus*; y la adopcion de una ley que autorizaba á S. M., (es decir á los ministros) para prender y arrestar á cualquiera persona *culpable* ó *sospechosa* del crimen de alta traicion cometido en América, ó en alta mar. El curso venia á ser una piratería.

«Tenemos, decia lord North, muchos prisioneros á quienes, durante la guerra actual, hemos cogido en flagrante delito de alta traicion; los hay además que son culpables de ese crimen y á quienes se pudiera prender, pero que, á *falta de pruebas*, no podrian permanecer mucho tiempo en la prision.»

Y á falta de pruebas, el gobierno se atribuía el derecho de internarlos ó desterrarlos.

«Nuestras libertades peligran,» exclamó Fox, que acababa de pasarse á la oposicion, y comenzaba á comprender que la arbitrariedad hiera á los mismos que han contribuido á establecerla.

«Quién sabe, añadió Fox, si en la plenitud de su malicia, se le ocurrirá un dia á los ministros suponer que he servido en Long-Island, á las órdenes del general Washington. En cuyo caso, ¿de qué me serviría el probar la coartada, y asegurar á mis antiguos amigos que durante la campaña de América estaba en Inglaterra, que no he visto otros mares que el canal de la Mancha entre Douvres y Calais, y que no he ejercido otros actos de piratería que los cometidos contra peces unidos?»

«—Todo eso puede ser cierto, me contestará un ministro ó algun paniaguado suyo, pero sois sospechoso, y eso basta, y no es esa ocasion de demostrarlo. Sé que simpatizais con Escocia, y por consiguiente, en virtud de esa cédula provista del sello Real, os envio á estudiar el idioma erso en la isla de *Bute*¹. En cuanto cesen los

¹ Lord Bute era el favorito del rey.

efectos del bill, libre seréis para volver á donde bien os parezca, y entonces podreis denunciar á vuestros acusadores para que prueben sus acusaciones referentes al crimen de alta traicion cometido en América ó en alta mar, ó al delito de piratería. Pero en ese caso se reirán de vos, y os dirán que ellos no os han acusado nunca; que no erais culpable, sino tan solo sospechoso.¹

Concedamos que era infundado ese temor, porque en Inglaterra habia suficiente sentido comun político, un Parlamento bastante viril y una prensa harto libre para que fuese posible semejante abuso. Pero sin esas garantías, ¿qué ciudadano hubiese estado al abrigo de atropellos? Malesherbes, decia á Luis XV, «nadie es en Francia suficientemente grande para preservarse de la venganza de un ministro, ni suficientemente pequeño para no recelar del rencor de un empleadillo de palacio.»

Se ha visto que Chatham habla con frecuencia de un tratado entre América y Francia. En efecto, ese tratado tenia que hacerse; su necesidad era á todas luces manifiesta; pudiendo decir cualquiera: nada sé, pero afirmo que debe irremisiblemente concluirse.

Los ingleses habian arrojado del Canadá y del continente á los franceses, ajustando la paz de 1763; pero, al firmar ese tratado, Choiseul exclamó: *Cogidos los tenemos*; comprendiendo desde luego que las colonias, nada teniendo que temer por parte de Francia en lo sucesivo, serian harto poderosas para soportar resignadas la tutela opresiva de Inglaterra.

Así es que, desde las primeras escisiones surgidas entre las colonias y la metrópoli, Francia estuvo á la mira con ojo receloso. En 1767, el embajador francés residente en la corte de Londres habia trabado tanta amistad con el doctor Franklin, agente de las colonias, y de tal suerte se interesaba en favor de los sufrimientos y querellas de los norteamericanos, que el doctor, que en aquellas circunstancias no queria *quebrar el vaso de porcelana* por ser muy quebradizo, y una vez hecho á pedazos, no admitiria compostura, escribió á su hijo en los siguientes términos:

«Creo que esa nacion *intrigante* gustaria de entrometerse en nuestros asuntos y atizar el fuego entre la Gran Bretaña y sus colonias; espero sin embargo que no le proporcionaremos ese placer.»

En 1775, el doctor no sentia de esa manera; la nacion *intrigante* se habia vuelto nacion amiga cuyas afecciones eran tenidas

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 453.

en mucho y se deseaba conciliar. Franklin recibia cartas en que se le participaba que Europa deseaba un buen éxito á América; el doctor, empero, que no se contentaba con palabras, decia: «En rompiendo nuestros lazos con Inglaterra, declarándonos independientes, ¿habrá en Europa una potencia que quiera aliarse con nosotros y aprovecharse de nuestro comercio, cuyos productos ascendian antes de la guerra á siete millones de libras esterlinas anuales, y que deben ser inmensamente mayores con el rápido crecimiento de nuestro pueblo?»

Esa nacion á la cual dirigia sus miradas la América insurreccionada, era su enemiga de antaño, Francia; así que, en marzo de 1776, el Congreso envió á Silas Deane, del Connecticut, en calidad de agente político á Versalles.

Silas Deane llegó á esa corte como simple comerciante; segun sus instrucciones, debia solicitar una entrevista con el ministro de Estado, el conde de Vergennes, y pedir al gobierno francés ó que le suministrara, ó le permitiera comprar lo que no podia proporcionarse en América, á saber: vestidos, armas y municiones para veinte y cinco mil hombres, y cien piezas de artillería de montaña. Al propio tiempo, Silas Deane debia sondear el ánimo del ministro para saber si Francia reconocería á América independiente, ofreciendo transferir á esa nacion las ventajas mercantiles de que habia gozado Inglaterra hasta aquel entonces.

Silas Deane llegó á París á primeros de julio de 1776, y habiéndose tenido noticia en Londres de su llegada, fué enviado lord Stormont á la capital de Francia con la única mision de seguir muy de cerca cualesquiera movimiento del agente norteamericano.

Ello no obstante, Silas Deane fácilmente consiguió una audiencia de M. Vergennes, merced á la intermediacion de Mr. Dubourg, adicto á la causa norteamericana.

En el mes de marzo, habiase ya examinado la cuestion, y Francia sabia á qué atenerse, gracias á una Memoria debida á la pluma de Mr. Gérard (de Rayneval), oficial primero del ministerio de Estado, así como á una esposicion que M. de Vergennes habia presentado al rey.

Podian tomarse tres partidos: 1.º la guerra; 2.º una paz franca con Inglaterra; 3.º una neutralidad favorable á los norteamericanos, reconociéndolos beligerantes.

¹ Pitkin, tom. I, pág. 385.

² De Witt, *Jefferson*, pág. 491.

M. de Vergennes no podia reducirse á estar en paz franca con Inglaterra.

«Los ingleses, decia el ministro, acostumbrados á dejarse llevar de sus propios intereses, y á juzgar de los demás por sí mismos, creerán siempre que no dejaremos escapar una ocasion tan magnífica para perjudicarlos...

»Una apatía demasiado visible... se considerará en Inglaterra como un efecto del temor, y de ese amor exagerado á la paz que, desde algunos años á esta parte, tantos males é injusticias ha producido... Es de temer, en ese caso, que Inglaterra se hará paulatinamente mas exigente aun de lo que es en la actualidad; y es de temer, en su consecuencia, que se atreverá á cualquier cosa, ya directa y desembozadamente, ya con la insolencia é injusticia de sus visitas y cruceros, ya tambien con ultrajes de menor importancia que no querrá ni podrá reparar, y que nosotros no podremos ni quereremos devorar. *Los ingleses solo respetan á aquellos que pueden hacerse temer.*»

Para M. de Vergennes tenia algunos atractivos la guerra. Así dice el mismo:

«Si las disposiciones del rey de Francia y del de España ¹ fueran guerreras, si estuvieran decididos á dejarse llevar de su propio interés, y quizás de la justicia de su causa que es tambien de toda la humanidad tantas veces ofendida por Inglaterra; si sus elementos militares y recursos pecuniarios fueran asaz enérgicos, suficientes, y proporcionados al poder efectivo de ambos monarcas, seria indudablemente oportuno decirles que la Providencia nos ha deparado esta ocasion para humillar á Inglaterra, que Dios la ha castigado con la ceguera que es el mas infalible precursor de la destruccion, y que llegó ya la hora de vengarnos de esa nacion por las amenazas que desde principios de este siglo ha hecho á cuantos han tenido la desgracia de ser vecinos y rivales suyos.

»En ese caso convendria poner en juego todos los medios posibles para que la próxima campaña fuese todo lo enérgica posible, para hacer obtener ventajas á los norteamericanos.

»El odio á muerte y el desangramiento á que en los dos partidos daria márgen la guerra, señalaria el instante de dar el golpe decisivo, que volveria á colocar á Inglaterra en el número de las potencias secundarias, le arrebataria el imperio que pretende ejercer

¹ En virtud del pacto de familia, las dos naciones obraban siempre de acuerdo, é iban juntas.

en las cuatro partes del globo con tanto orgullo como injusticia, y el universo quedaria libre de un ávido tirano que quiere á la vez engullir todo el poder y todas las riquezas.

»Mas, no es ese el punto de vista en que quieren colocarse los dos monarcas; en las circunstancias actuales, parece que su actitud se limitará á estar á la mira con circunspeccion, pero con actividad.»

De manera que Luis XVI optó por un sistema de política espectante, que debia estar de acuerdo con los principios siguientes:

1.º Continuar fomentando con *sagacidad* la confianza del ministerio inglés en las intenciones de Francia y España.

2.º Apoyar por debajo de mano á *los insurrectos* con municiones y dinero.

3.º No mantener relaciones oficiales con ellos, hasta que se hubiesen hecho independientes, hasta que estuviera solidado su gobierno, y no tuviera ya que temerse en lo sucesivo una nueva union de las colonias á la metrópoli.

En otros términos, Francia tomaba el partido de la guerra, pero para ulteriores tiempos.

Entretanto, se hacian preparativos en los apostaderos de marina, se aprestaban escuadras en Tolon y en Brest, mientras que se invitaba á España á preparar una en el Ferrol.

M. de Vergennes recibió á Silas Deane, y le dijo que Francia comprendia la importancia del comercio norteamericano, que aquellas relaciones mútuas redundaban en beneficio de entrambos paises, y que se dejarian abiertos los puertos á América y á Inglaterra.

Que no se fomentaria el embarco de provisiones militares; pero que si la *aduana* ó la *policia* opusieran alguna dificultad, se hallaria medio con que desvanecerla.

En cuanto á la *independencia*, nada podia decirse en aquella sazón, por lo mismo que era una cuestion que habia de resolver el tiempo. Pero se indicó á Silas Deane que desconfiara de lord Stormont, cuyos *espías* le informarian de todo y el delegado inglés podria pedir al gobierno la estradicion del agente de las colonias ¹, en virtud de lo cual se previno á éste que en lo sucesivo no se dirigiera á M. de Vergennes, sino á M. Gerard, que era muy valido del ministro.

Despues de la toma de Nueva York por los ingleses en setiem-

¹ Pitkin, tom. I, pág. 406.